

Un libro sobre Sendero Luminoso y el saldo trágico de la guerra* Guillermo Rochabrún S.

Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995

Steve Stern (ed.)

Instituto de Estudios Peruanos / Universidad Nacional San Cristóbal de
Huamanga
Lima, 1999

A partir de 1980 tuvo lugar en nuestro país la lucha armada del *Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso* (en adelante *SL*), uno de los más sanguinarios y herméticos grupos políticos de toda la historia mundial. Precisamente sobre este dolorosísimo episodio de la historia peruana reciente un conjunto de estudiosos, en su mayor parte peruanos, reunieron sus esfuerzos en 1995 bajo la coordinación del historiador norteamericano Steve Stern. Sus trabajos han dado lugar al libro *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, publicado conjuntamente por el Instituto de Estudios Peruanos y la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.¹

En el libro predomina el tratamiento de temas específicos, como son: el accionar de *SL* en la sierra centro y sur así como en la capital, Lima, y algunas zonas de selva; la reacción popular y de la izquierda, así como las estrategias de las Fuerzas Armadas y de los sucesivos gobiernos frente a *SL*, el perfil político y político-cultural de Alberto Fujimori (presidente del

Perú desde 1990 al 2000, y bajo cuyo gobierno *SL* fue derrotado); las relaciones entre el ejército y los gobiernos, y la lucha por los derechos humanos. Otros textos proporcionan algunos antecedentes del contexto nacional y regional que pueden contribuir a la explicación de sus orígenes. Sendas introducciones a cada una de las cinco partes que componen este volumen y una conclusión, escritas por Stern, intentan ofrecer una visión general, sobre la base de los catorce textos incluidos. En tal sentido la misma organización del libro y los textos de Stern perfilan las siguientes preguntas fundamentales: ¿qué ha caracterizado a *SL* como organización?, ¿cuáles han sido sus orígenes?, ¿cómo explicar su constitución?, ¿qué explicación dar a los alcances que tuvo?, ¿qué resultado nos deja esta trágica experiencia? Las notas que siguen destacan lo que este importante libro aporta para darles respuesta.

1. *SL como organización:* Stern, Jo-Marie Burt y Carlos Basombrió subrayan con toda razón el carácter ya no solamente clan-

* Un resumen de esta reseña fue publicado en *NACLA, Report on the Americas*, vol. XXXIII, 2, sept.-oct. de 1999, p. 52. Luego, en noviembre de dicho año el texto de base fue ligeramente ampliado.

¹ El libro ha sido editado simultáneamente en inglés: *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*. Duke University Press, 1998.

destino sino hermético, depuradamente sectario, de *SL*. Fue tan fuerte su autoexclusión de todas las otras fuerzas de izquierda, que la feroz represión que se desató sobre él, así como sobre el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), afectó solamente de manera muy marginal al resto de la izquierda.² Cualquier intento de comprender a *SL*, a nuestro entender, debe asumir la condición excepcional de esta organización.

Tal como Degregori y otros analistas lo señalaran tempranamente, *SL* no tenía trazos de ningún milenarismo andino, y, por el contrario, respondía antes bien al más extremo racionalismo, hasta el punto en el cual casi nadie se aproximó a los «extremos de suspensión del sentido común como el de Abimael Guzmán» (Iván Hinojosa citando a Fontana, p. 79). Dicho «hiper-racionalismo» se apoyaba en una *fe ciega* en la «ciencia» de la cual era portadora el *Presidente Gonzalo*. Cabe preguntarse cómo pudo surgir tal idea en Guzmán, y cómo fue posible que fuera asumida con tal convicción por una gama tan diversa de personajes del Perú contemporáneo, la mayoría de los cuales seguramente nunca lo había llegado a conocer. Esta gama va desde el anónimo militante que jamás vio a Guzmán, hasta los miembros del Comité Central; y desde una monja ilustrada de clase media (Nancy Evans), hasta la sofisticada bailarina de danza moderna Maritza Garrido-Lecca, en cuya casa Guzmán vivía cuando fue capturado.

El rasgo que todos ellos parecen compartir es una economía de sentimientos caracterizada a la vez por la más absoluta frialdad acerca de la insignificancia del «otro», y por las más intensas emociones hacia las metas de la revolución mundial. ¿Pero era esta frialdad consecuencia, o condición previa de la *crueldad* sin límites que era ordenada por Guzmán y ejecutada por sus militantes? ¿Cómo aquella se conjugaba con los sentimientos casi gozosos en la destrucción, el arrasamiento y el aniquilamiento físico de las víctimas? ¿Ha sido (nos guste o no la comparación) una crueldad análoga a la crueldad supuestamente *profesional*, apolítica y desideologizada de las Fuerzas Armadas? Si vamos a creer en las fuentes dispersas y heterogéneas que existen sobre el tema, en ambos frentes hubo quienes no resistieron su papel de verdugos y —desertando o no— terminaron «quebrados». El trabajo de Ponciano del Pino documenta de manera desgarradora la existencia de límites *morales* que solamente los militantes más duros de *SL* pudieron resistir. «Cuando capturaban a un rondero o a quien incumplía con el partido, aun siendo este un cuadro importante de *SL*, comprometían a un miembro de base para que, en un acto de «iniciación», asesinara públicamente». Un traumatizado informante cuenta así su inenarrable experiencia:

Me entregaron el cuchillo diciendo, «hazlo, porque el parti-

² Dice Carlos Basombrío: «Sendero Luminoso por sus concepciones no tenía, ni quería, ni podía tener, alianzas con sectores en la legalidad que le permitieran ensanchar su proyecto político o su base social. Su fanatismo, expresado en este caso en una percepción absoluta y excluyente de su propio rol, [facilitó] esa separación entre el mundo de la política y el de la guerra» (p. 430). Esta mirada implacablemente maniquea trasciende inclusive la distinción «amigo-enemigo» de Carl Schmitt, y en su lugar constituye otra, que sería más bien «controlado-no controlado».

do te designó». Yo no sabía qué hacer... Sentí como un sueño, una pesadilla, me volví zozco, pero dentro temblaba... Cuando me dieron el puñal no sabía por dónde empezar, me acerqué y le dije perdóname, y le di un puñal en el pecho y grité de miedo y creo que el grito me ayudaba a hacer..., luego en el estómago, en el corazón, mientras yo salía embarrado de sangre y sin comprender lo que había hecho... quería ponerme loco y escaparme en ese instante... (p. 187)

Ello nos lleva directamente a nuestra segunda pregunta.

2. *¿Cómo pudo surgir una organización así?* Este es quizá el interrogante más difícil de responder. A nuestro entender, dicha pregunta debería dividirse al menos en otras dos: cómo pudo surgir semejante dirigencia, y cómo fue constituida la militancia que ya hemos visto. Sobre lo segundo, entre las ideas que más se han manejado entre nosotros está la llamada «violencia estructural», aquella que derivaría de condiciones de vida y relaciones sociales opresivas. Aquí vale la pena mencionar un planteamiento diferente, que Basombrió cita del padre Hubert Lanssiers:

Él sostenía que en su concepto ese tipo de realidades terribles lo que usual y espontáneamente generaban en la gente que las sufría no era precisamente rebeldía sino, por el contrario, fatalismo, pasividad o resignación religiosa. Lanssiers sostenía así que los estallidos de violencia sólo se podían entender si a condiciones sociales determinadas se les superponía una *ideología* que, deliberada y conscientemente, se planteaba ejercer violencia como respuesta. (p. 418, énfasis agregado)

Con referencia a los dirigentes, Stern avanza señalando que una característica resaltante de *SL* fue el «haber descartado la ambivalencia» (p. 35), lo cual contrasta frontalmente con la izquierda peruana. Al respecto tomemos un ejemplo entre muchos posibles: la participación de esta en las elecciones a la Asamblea Constituyente en 1977 en el mismo momento en que caracterizaba la coyuntura política como prerrevolucionaria. Otra manera de decirlo es aludiendo a la incapacidad de dicha izquierda para tomar la iniciativa política, y, por el contrario, actuar en respuesta al accionar de los adversarios. *SL* rompe radicalmente con todo ello, y puede decirse que desde 1980 hasta la captura de Guzmán en 1992, *SL* casi siempre tuvo la iniciativa de su lado. Más aún, su mesianismo lo llevó a algo absolutamente insólito: desde Ayacucho (es decir, desde la periferia de un país periférico), reclamar como centro de la revolución mundial. Piénsese que aun los más reconocidos pensadores peruanos, con la posible excepción de Haya de la Torre, nunca aspiraron a dar cuenta de la universalidad: se limitaron a reflexionar sobre la periferia tratando de entenderla, y subrayando la pertenencia de esta a un centro mundial que la predeterminaba. Todo esto confirma la condición excepcional de *SL*.

Interesantes y valiosos en sí mismos, los trabajos de Marisol de la Cadena y Florencia Mallon estudian el contexto cultural y político de la emergencia de *SL*, pero no están destinados a responder esta pregunta. Los «presagios» que Mallon enuncia como antecedentes de esta organización —por ejemplo, colocar el plano nacional como

precondición para resolver los problemas locales, la renuncia a negociar, «el trabajo político superficial» (pp. 119-120)—, o el carácter subsidiario que concedió a los aspectos culturales y étnicos, eran comunes a la izquierda en general (de la Cadena). Más bien, en contraste con lo que la mayor parte de la izquierda hizo en otros lugares del país, en el mismo Ayacucho SL se caracterizó por desarrollar un paciente trabajo de estudio y captación política entre el campesinado de la zona. Pero a diferencia de otras agrupaciones políticas —y ello concuerda con el híperracionalismo— esta labor lo mantuvo sin embargo lejos de cualquier relación empática con la cultura campesina andina, pese a que esta en muchos casos no era ajena ni distante a la de los propios militantes.³ En tal sentido podríamos decir que SL produjo —o llevó a sus últimas consecuencias— una suerte de «alineación» o extrañamiento entre sus militantes andinos. Hasta el final permanecieron impermeables frente a este mundo cultural. Las características señaladas anteriormente estuvieron presentes desde el inicio del accionar de SL, y con el tiempo no hicieron sino profundizarse.

La continuación de estas reflexiones nos conduce sin solución de continuidad a nuestro siguiente problema.

3. ¿Por qué llegó tan lejos? La expansión social y territorial de SL

fue un hecho indudable, pero sumamente difícil de aceptar para el orden establecido, incluyendo a buena parte de la «izquierda legal», sobre todo considerando que dados sus orígenes esa izquierda lo trató como «pariente pobre» (Hinojosa). Hablando en términos generales, la explicación a la sorprendente vigencia de SL debe considerar las condiciones que pudieran haber existido a su favor, la solidez o debilidad de los obstáculos que enfrentó, los recursos que puso en juego para vencerlos y los apoyos que pudo encontrar. Los estudios presentados en el libro ratifican lo que ya se dijo cuando menos desde mediados de los años ochenta, acerca del papel de los estudiantes universitarios de Ayacucho, pero sobre todo el de los escolares secundarios (Carlos Iván Degregori, p. 134). Sin embargo, esto solo puede admitirse si se acepta a su vez que el ejercicio «tradicional» de la autoridad en el mundo familiar campesino se había debilitado muy seriamente, a favor de la autoridad de la educación, acercándose a lo que Margaret Mead llamaba las sociedades «pre-figurativas»: aquellas en las cuales característicamente los adultos también aprenden de los jóvenes —y no solo al revés—, cuyo caso más típico son las sociedades llamadas «modernas». Por eso no sería del todo adecuado, o en todo caso suficiente, hablar pues de la situación «anómica» de jóvenes en proceso de «descampesinización»,⁴ pues en

³ Debe tomarse en cuenta que a fines de los años setenta tuvo lugar una polémica sobre la dependencia o independencia que la izquierda peruana debía tener frente a los entonces «centros de la revolución mundial». Quienes estaban a favor de la independencia subrayaron el tema de la formación de la nación, el papel del mundo andino en esta, la existencia o inexistencia de «nacionalidades» en el Perú, etc.

⁴ Tal fue la tesis del sociólogo francés Henri Favre. Véase su texto «Sentier Lumineux et Horizons Obscurs» en *Problemes d'Amérique Latine* 72, 2do. trimestre, 1984. Fue publicado parcialmente en castellano en *Quehacer* 31, DESCO, octubre de 1984, Lima, Perú.

tal caso no habrían sido seguidos por sus mayores.

El segundo orden de cosas para explicar la expansión de *SL* es la debilidad relativa de los obstáculos que encontró. En este caso se trata de la autoridad del Estado, la «izquierda legal» y las organizaciones ligadas a ella. Uno de los aspectos de la izquierda que facilitó el accionar de *SL* fue la lentitud de aquella en comprender que era *SL* y no el Estado su «enemigo inmediato» (Hinojosa, Burt). Lo que este libro muestra, en especial a través de los trabajos de Burt y José Luis Rénique, es la fragilidad que ella mostró frente a él. Aquí se combinaron la adhesión voluntaria a *SL* por parte de cierto tipo de líderes y dirigentes, con el amedrentamiento y el terror.

Sin embargo, lo que no se muestra con igual claridad es un complejo proceso, a la vez social, cultural y político, por el cual los sectores populares fueron abandonando la «lógica de la confrontación» que se había desarrollado en la década de los setenta. Notas distintivas de este cambio fueron la declinación del movimiento huelguístico (es solamente más tarde en que este puede deberse a la presencia de *SL* en el movimiento sindical), la aparición de estrategias sindicales que buscaban establecer acuerdos con las empresas para evitar el cie-

re de sus centros de trabajo ante la agudización de los problemas económicos, el auge del trabajo independiente —como otro de los lados de la crisis—, y el desarrollo de las organizaciones de supervivencia, cuyo horizonte no era el reclamo de reivindicaciones ante el Estado, sino la auto-gestión de recursos para paliar en forma inmediata problemas cruciales. En los años ochenta surge una nueva epistemología en la sociedad en su conjunto, que desestima la búsqueda de las grandes «causas» de los problemas, para concentrarse en soluciones manejables. En el campo de la izquierda, esto se manifestó en la disminución de la militancia⁵ —por ejemplo, muchos izquierdistas regresaron a ejercer las profesiones universitarias que antes habían abandonado— y en el auge de las ONG, cada vez más autónomas de los partidos. De esta manera podemos encontrar dos temperamentos coexistiendo en los sectores populares: de un lado la confrontación y el reclamo; del otro, buscar atenuar las circunstancias adversas.⁶

Es decir, tanto el campo popular como el de la izquierda, atravesando múltiples tensiones internas, se escindían en dos direcciones. Una de ellas, más en los hechos que en las palabras, *abandonaba* el horizonte de la revolución —sobre todo la idea del acto revolucionario—, mientras que la otra

⁵ Artemón Ospina da cuenta de este proceso en su relato «El militante». Véase *Sabor a la vida*, Ediciones El Laberinto, Lima, 1990.

⁶ Quizá una muestra de ese doble temperamento sea el que hacia fines de 1989 en Villa El Salvador, paradigma de la organización popular y que entonces tenía un notable alcalde implacablemente antisenderista —Michel Azcueta—, el periódico que estaba en segundo lugar en ventas, luego del sensacionalista *Ojo*, era el vocero oficioso de *SL*: *El Diario*. (Cómo este periódico, que poco antes había pertenecido a los partidos de *Izquierda Unida* terminó en manos de *SL* —y no precisamente debido al terror—, es una historia que aún nadie ha estudiado.) Por último, hay que mencionar cómo las organizaciones de supervivencia han estado sometidas a una fuerte tensión entre sus reivindicaciones originarias hacia la autonomía, y las presiones políticas hacia un clientelismo impulsado desde aparatos estatales y para-estatales.

por el contrario *continuaba* y se sumergía en este hasta en sus más extremas consecuencias. En esta bifurcación era obvio que la ambivalencia iba a gravitar en quienes estaban y se sentían obligados a dar una nueva legitimación a sus actos, y que esta última corría todos los riesgos de ser frágil. Una circunstancia política clave que facilitó este proceso a fines de los años setenta fue el debilitamiento del Gobierno Militar, y con ello la transición a gobiernos electoralmente constituidos. De esta manera todo el anterior escenario de confrontaciones quedó transformado; prácticamente cada partido tenía alas «izquierdistas» e incluso «militaristas». Y como dice Hinojosa,

Algunas evidencias sugieren que subsistieron, por varios años, los procesos de conflicto y negociación entre las militancias y periferias de Sendero, y los demás grupos [...] por la sencilla razón de que competían por el mismo espacio social o provenían del mismo espectro político. Este proceso constituye una posible explicación del avance de Sendero entre los sectores populares hacia fines de la década pasada» (p. 90).

El caso fue que en su enfrentamiento con la izquierda, *SL* salió vencedor. En la sierra fue derrotado, pero tanto en Ayacucho (Orin Starn) como en Puno (Rénique),

ello fue el resultado de una acción coordinada entre campesinos y Fuerzas Armadas, donde la izquierda estuvo por completo ausente. Y en Lima, según lo muestra Burt, *SL* sólo pudo ser contenido tras la captura de Guzmán.

El otro lado de los obstáculos que debía enfrentar *SL* fue el Estado y el ejército. Aquí muchos factores jugaron a favor de aquel, en especial la distancia entre la población y el Estado, la corrupción de este, así como la torpeza del ejército y su extrema lentitud para encontrar una modalidad de acción conjunta con los campesinos, sin olvidar las rivalidades entre y al interior de las distintas armas y fuerzas, y las intrigas políticas.⁷

4. *¿Cuál es el saldo y el balance?* Quizá es poco lo que los autores señalan explícitamente a modo de conclusión de este drama, pero en verdad es mucho lo que está a flor de texto para que el lector extraiga sus propias conclusiones. Vamos a agrupar algunas de las nuestras alrededor del sistema político, la sociedad y la cultura política, con una mención especial a los derechos humanos.

En cuanto al sistema político, la derrota de *SL* parece confirmar el aserto del libro según el cual las «terceras vías» quedaron descartadas. Como reza una idea típica del pensamiento revolucionario: la polarización habría sido inevitable (p. 443). Concordamos con Stern

⁷ El trabajo de Enrique Obando descubre un espectáculo digno del «realismo fantástico» de la literatura latinoamericana. Véase como ejemplo: «Los oficiales jóvenes pasaron a considerar a sus altos mandos como traidores a su institución y planificaron un golpe no solo contra García sino contra sus propios mandos [...] Dicho golpe partía de la teoría de la conspiración que sostenía que la escasez en la que se mantenía a las Fuerzas Armadas era para debilitarlas, hacer crecer Sendero Luminoso y producir un caos que imposibilitara las elecciones de 1990. En este sentido —según esta teoría— un sector del APRA prolongaría el mandato de García con el apoyo del Comando Rodrigo Franco y de la policía» (p. 384).

cuando dice que «La guerra provocó un profundo efecto “limpiador” [*clearing effect*] en estos espacios políticos tremendamente congestionados», en los que coexistían «[...] guerrilleros revolucionarios de los sesentas y setentas [...], populistas de inclinación izquierdista de los treinta a los sesentas, desarrollistas moderados de los cincuentas a sesentas, gobernantes militares de la “guerra sucia” de los setentas, y neoliberales y “nuevos” políticos no conocidos de los ochentas y noventas» (p. 458). En este curso prácticamente desaparecieron la izquierda y los partidos políticos en general. En suma, el escenario político que ahora tenemos es profundamente distinto, aunque es difícil decir en qué medida se habrá debido a la experiencia de la guerra, a otros factores o a una conjunción de todo ello.

Un corolario de este verdadero cataclismo es el nuevo tipo de liderazgo político, cuya mejor expresión sería la «era Fujimori». Uno de los aspectos más interesantes de esta es el nexo político que se estableció entre Fujimori y la población peruana, y al cual Patricia Oliart dedica un excelente trabajo. Sin embargo, de él podría deducirse una solidez en este lazo que está lejos de ser real. Por ejemplo, las posibilidades a favor de que Fujimori pueda ser nuevamente reelecto⁸ parecen depender mucho más del poco atractivo de los candidatos de la oposición que de una lealtad intrínseca a aquel. Pero esto ya es otro tema; lo central a nuestro modo de ver es la *fragilidad* de todos los liderazgos actuales, de los reales y de los posibles.

Respecto a la sociedad, cabe proseguir el análisis anterior. Sea

por *SL*, por la acción del Estado, por la crisis económica y/o la «globalización», el tejido de organizaciones que caracterizó a la sociedad peruana a partir de los años setenta se ha debilitado de manera decisiva —las rondas campesinas son un factor muy débil y ambiguo frente a todo lo que se ha perdido, aun si potencialmente valioso (Stern)—. Pero también se han debilitado formas tradicionales de autoridad, como lo manifiestan las iniciativas autónomas de las mujeres (Isabel Coral), juntamente con el desprestigio de toda forma de violencia (Hortensia Muñoz p. 453). Sobre este último punto volveremos más adelante.

Ello nos conduce a la cultura política, y en particular a la problemática de los derechos humanos. En el libro, tanto Carlos Basombrío como Hortensia Muñoz han abordado el tema; Basombrío se refiere a las organizaciones de defensa de estos derechos, mientras Muñoz nos ofrece un panorama parcial sobre las *víctimas* de la violencia. Del texto de aquel *deseamos destacar dos temas*. El primero es la singularidad de *SL* y sus implicancias, esta vez frente a los derechos humanos, al rechazar tajantemente esta doctrina. La defensa de los derechos humanos se hace ante Estados que por lo general los reconocen, y en nombre de civiles que se acogen a ellos. ¿Pero qué ocurre cuando uno de estos dos supuestos no se cumple? Tal fue el caso con *SL*, a lo cual se agregaba su absoluto desprecio por la vida. Ello obligó a estas organizaciones a abandonar su tradicional «neutralidad», y asumir resueltamente la condena a *SL* (p. 438). Es aún muy temprano para saber lo que

⁸ Téngase presente que esta reseña se terminó de escribir en noviembre de 1999.

todo esto puede significar en el futuro, pero en cualquier caso nos recuerda que, como toda elaboración cultural, los derechos humanos también están sujetos al desarrollo de la experiencia histórica.

El segundo es el balance fundamentalmente pesimista que el autor hace de esta experiencia. Según Basombrío, en un país en el que ya tradicionalmente se respetaba poco la vida humana, la guerra acentuó este desprecio y «enervó la conciencia de la población frente a la importancia del respeto a los derechos y a la dignidad de las personas». Esta descomunal violencia y la forma que asumió «generaron en la gran mayoría de la gente una actitud que podríamos describir como cínica y pragmática respecto a la democracia y los derechos humanos» (p. 430).

Muy sutilmente, Hortensia Muñoz presenta más bien un cuadro relativamente optimista: las víctimas fueron siendo capaces de reconocerse como titulares de derechos, no sin antes «armarse de coraje y aprendizaje para dar el paso señalado» (p. 452). En un país donde la ciudadanía es a veces más *imaginaria* que real,⁹ no es ninguna exageración afirmar que, por ejemplo, las organizaciones de familiares de desaparecidos participaron de su construcción como fenómeno real. Además, concluye Muñoz, «en el Perú actual es casi imposible una situación violenta sin que de inme-

diato no surja la representación ominosa de un derecho violado», y menciona temas como «los derechos de los niños, las denuncias sobre los abusos a que son sometidos, los maltratos contra las mujeres, etc.» (p. 453).

Quizá sea algo así lo que explique un hecho mencionado por Basombrío, y que va a contracorriente del tono pesimista de sus conclusiones: el rechazo de la población al «terrorismo de Estado» —como lo evidencia el masivo rechazo a la ley que amnistía a todo lo denunciado o condenado por actos librados en la lucha contra la subversión (p. 443)—. Por ello, no cabe concluir a secas en que con la guerra haya tenido lugar la consolidación «de una cultura política de autoritarismo popular», como Stern parece creer (p. 458). Hay una autonomía de los sectores populares que viene de un proceso histórico de muy largo aliento, pero como dice Oliart —y esto toma en cuenta la vulnerabilidad y límites de dicha autonomía—, ella «es apenas un punto de partida desde el cual se puede tomar casi cualquier dirección» (p. 411).

En suma, estamos ante un libro fuera de lo común, tanto por lo que dice, como por lo que el lector comprometido puede extraer de él, si a través de la lectura dialoga con él. Ello es lo que hemos intentado hacer.

⁹ Cfr. Sinesio López: *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, Instituto de Diálogo y Propuestas, Lima, 1997.